100.

este tiempo, habiendo divisado el Salvador en el camino algunas mujeres piadosas que lloraban á vista del triste espectáculo, se volvió hácia ellas, y las dijo: «Hijas de Jerusalen, no lloreis por mí, llorad por vosotras mismas y por vuestros hijos; porque he aquí que viene el tiempo en que se dirá: Dichosas las mujeres estériles, que no teniendo hijos, no tendrán el disgusto de verles envueltos en las desgracias que van á venir sobre esta desventurada ciudad y sobre esta criminal nacion; y sabed que serán tan terribles estas desgracias, que se clamará entonces, como lo han vaticinado los profetas: Montañas, caed sobre nosotros, y aplastadnos para no ver una desolacion tan espantosa: porque, añadió, si á mí, á mí que soy la inocencia misma, me veis tratado con tanto rigor, solo por haber tomado voluntariamente sobre mí el pecado, ¿qué debe esperar toda esta nacion despues del enorme crímen que comete en mi persona?»

Llevábanse al suplicio con él dos insignes ladrones que debian ser tambien crucificados. Cuando hubieron llegado á la cima del Calvario, presentaron al Salvador vino con mirra, lo cual era costumbre dar á los criminales para adormecer y amortiguar en ellos la sensacion del dolor; pero el Salvador que queria beber el cáliz hasta las heces, como dice el Profeta, esto es, sin el menor alivio, lo rehusó, y no quiso beber de él. Quitáronle sus vestidos, y por un nuevo refinamiento de crueldad y de barbarie se le fijó en la cruz con los clavos por los pies y por las manos, lo cual le causó el dolor mas vivo y mas agudo que puede sufrir un hombre en esta vida. Despues, levantando la cruz, se la hizo entrar en un agujero que habian abierto en la roca, de suerte que al caer en él causó en el Salvador un estremecimiento de todos los miembros y de todos los nervios del sagrado cuerpo, cuya sacudida renovó y reunió todos los dolores que habia ya padecido. De este modo fué elevado Jesus de la tierra, segun que lo habia predicho, y á vista de un gentío infinito que habia acudido á este triste espectáculo; y á fin de que se cumpliese todo lo que se habia vaticinado, pusieron á sus lados los dos ladrones en otras dos cruces, segun la prediccion de Isaías, que decia: *Será puesto en el número de los inicuos, y en la misma categoría que los malvados.* (*Luc.* 22.)

§. LIX.

Jesucristo elevado en la cruz, ruega por sus enemigos. Palabras de Jesus en la cruz.

Entre tanto levantado Jesus en su cruz, como una víctima inocente sobre su altar, en donde va á consumar su sacrificio, pedia á su Padre que perdonase á los que por una ciega pasion le quitaban tan ignominiosamente la vida. «Padre mio, esclamó, perdónalos, porque no saben lo que hacen.» No obstante que Jesucristo habia dado bastantes pruebas de su divinidad para hacer inescusable la ignorancia de los judíos, es, sin embargo, cierto que no le hubieran jamás crucificado, si le hubiesen conocido por el Señor de la gloria, como dice S. Pablo. (1. *Cor.* 2.) Pero es menester hacer una gran diferencia entre la ignorancia de los soldados y del populacho, y la de los sacerdotes y los doctores de la ley: la escusa de ignorancia podia acaso poner á cubierto á una parte del pueblo; pero los doctores y los sacerdotes sabian á lo menos que Jesucristo era inocente de los delitos con que se le acriminaba, que era justo, y que sus milagros eran una prueba incontestable de su santidad. Mas el Salvador no mira aquí la accion de los judíos mas que por el lado favorable; aleja de ella todo lo que es odioso, como es costumbre hacerlo cuando se implora la clemencia de un juez en favor de un reo. Hace ver el Salvador con su oracion que da su sangre y muere por la salvacion de todos los hombres, puesto que no escluye ni aun á los que le dan la muerte.

Habia mandado Pilato que se pusiese en lo alto de la cruz de Jesus un rótulo, en el cual se leian estas palabras en hebreo, en griego y en latin: *Jesus de Nazareth, rey de los judíos.* Dispuso que estas palabras estuviesen en estas tres lenguas, para que todos los estranjeros que habian venido á la fiesta de la Pascua las pudiesen leer. Por mas que los príncipes de los sacerdotes le representaron que no debia poner *Rey de los judíos*, sino *que se dice á sí mismo Rey de los judíos;* Pilato no quiso mudarlo, y les respondió: «Lo que he escrito, he escrito.» Quiso Dios que el gobernador pagano, que habia reconocido y atestado jurídicamente la inocencia de Jesucristo, publicase aquí su verdadera cualidad de Rey de los judíos; y que todas las naciones supiesen que los judíos por el mas enorme de todos los crímenes habian quitado la vida al Cristo, su Rey, al Mesías á quien habian esperado tanto tiempo, y pedido con tantas ansias.

Entre tanto, como los despojos de aquellos á quienes se quitaba la vida eran de los ejecutores, los judíos que habian crucificado á Jesucristo y á los dos ladrones partieron entre sí sus vestidos; mas como la túnica del Salvador era sin costura, y toda tejida de alto abajo, no quisieron desgarrarla, sino que la echaron á la suerte, para que se cumpliese á la letra lo que David habia profetizado en el salmo 21, á saber: *A mi vista han partido mis vestidos, y sobre mi túnica han echado la suerte.*

En este estado Jesus hubiera debido ser un objeto de lástima aun para los corazones mas bárbaros: apenas se hallan almas tan duras y tan negras que se atrevan á insultar á los pacientes; no vemos tampoco que los judíos hayan insultado á los dos ladrones que estaban crucificados á los lados del Salvador del mundo. Pero en la muerte de Jesucristo todo es estraordinario; léjos de ser un objeto de compasion para los judíos, próximo ya á espirar en la cruz, es el objeto de su execracion y de su rabia, y no hay injuria que no vomiten contra él.

«Ha salvado la vida á otros, decian insultándole, salve ahora la suya, si es el Cristo elegido de Dios (*Luc.* 23.)—Si eres el Rey de los judíos, le decian los soldados, presentándole una esponja empapada en vinagre, haz ahora brillar aquí tu poder, y desde lo alto de tu trono pronuncia edictos, desbarata á tus enemigos y á todos los que te han faltado al respeto.—Tú te vanagloriabas, le decian algunos, de que reedificarias en tres dias el templo de Dios, si hubiese sido destruido; ¿por qué no haces ahora un milagro para salvarte la vida?—Baje ahora de la cruz, decian otros, y creeremos en él: pues que tanta confianza tenia en Dios, decian estos, líbrele ahora Dios, si tanto le ama: él mismo ha dicho, decian aquellos, que era Hijo de Dios; si pues su Padre le reconoce por suyo, sálvele la vida.»

Ninguno habia, hasta uno de los reos crucificados á sus lados, que no le ultrajase de palabra: «Si tú eres el Cristo, le decia aquel malvado, sálvate á tí la vida, y tambien á nosotros.» Verdad es que el otro mas sabio tomando la palabra le dirigió una reprension: «¡Qué! le dijo, ¿no temes tú á Dios? Aunque los tres nos veamos condenados al mismo suplicio, ¿ignoras que si nosotros padecemos, sufrimos justamente la pena debida á nuestros crímenes? mas él, ¿qué mal ha hecho?» Despues dirigiéndose á Jesus, le dijo con un corazon humilde y contrito: «Señor, acordaos de mí cuando estuviereis en vuestro reino.» El buen ladron habla á Jesucristo como al verdadero Mesías; así puede decirse que su fe le ha salvado. El no duda que el Salvador ha

de resucitar despues de su muerte; no le pide los primeros puestos en su reino, se contenta con suplicarle que se acuerde de él despues de su muerte. Así es que Jesus le responde: *En verdad te digo que hoy estarás conmigo en el paraiso;* esto es, en la felicidad de los santos, en el seno de Abraham en donde reposaban los santos patriarcas. S. Agustin, S. Juan Crisóstomo y S. Jerónimo creen que el buen ladron entró el mismo dia en el cielo, en donde Jesucristo, como Dios, no dejó nunca de estar. Este dichoso predestinado, cuya memoria celebra la Iglesia, fué bautizado en su propia sangre, é inmediatamente despues de su muerte gozó de la bienaventuranza eterna. ¡Qué diferencia de suerte la de los pecadores que mueren al lado de Jesucristo en el gran dia de sus misericordias! Uno solamente se convierte; el otro muere en la impenitencia. Este ejemplo prueba visiblemente cuan raras son las conversiones en la hora de la muerte. De dos pecadores que mueren á la vista de Jesucristo, á su lado, y rociados con aquella sangre preciosa, derramada por todos los hombres, y para que se perdonasen todos los pecados, uno solamente se convierte, y el otro muere en la impenitencia final: contemos, pues, despues de esto con las conversiones diferidas para la hora de la muerte.

La santísima Vírgen tenia demasiada parte en el sacrificio de su querido Hijo para que no se hallase allí presente, y para quedar olvidada de él: ella no se habia afanado durante la pasion para solicitar de los jueces la libertad de Jesus, ni para defender su inocencia; instruida de todo el misterio de nuestra redencion, no habia pensado en querer impedir un sacrificio en el cual habia consentido, y cuya víctima habia ofrecido ella misma; antes bien quiso hallarse en el Calvario y al pié de la cruz, para consumar con él el sangriento sacrificio. Puédese imaginar cual fué su dolor y cuan aguda la espada que traspasó su alma. Juan, el discípulo amado, amaba con mucho ardor á su divino Maestro, y no le abandonó tampoco en su muerte: hallábase tambien allí al pié de la cruz, cerca de la santísima Vírgen. Viendo Jesus á su madre, la dijo con un tono moribundo y afectuoso: *Mujer, ves ahí á tu hijo;* despues dijo á Juan: y *Tú he ahí de hoy mas á tu madre,* hablando de la santísima Vírgen; y desde entonces el amado discípulo no la miró mas que como su madre, y se comportó con ella como si fuera su propio hijo.

§. LX.

Jesucristo espira en la cruz.

Amaba ardientemente Magdalena al Salvador, para dejarse llevar como los apóstoles del temor ni de la cobardía: hallábase por tanto en el Calvario, y no se apartó del pié de la cruz, sin temer ni el desprecio que de ella hacian los soldados, ni los ultrajes que de los mismos recibia. Era el mediodia cuando Jesus fué clavado en la cruz, y aunque el cielo hasta entonces estuvo sereno, sin que en él apareciesen nubes ni tampoco nieblas, desde el mediodia hasta las tres en que espiró Jesus, toda la tierra quedó milagrosamente cubierta de espesas tinieblas; eclipsóse el sol, y aunque la luna estaba en el lleno, el eclipse fué total todas las tres horas despues de mediodia, cuyo espacio llamaban los judíos la hora de Nona, así como llamaban el anterior de otras tres horas hasta las doce, la hora de Sexta. Queriendo Jesus cumplir todas las profecías: *Tengo sed*, dijo, sabiendo bien que no se le presentaria otra bebida que vinagre, segun que estaba escrito de él en el salmo 68, á saber: Mis enemigos *me han ofrecido vinagre para apagar mi sed.* En efecto, habiendo los soldados empapado una esponja en un vaso lleno de vinagre; la pusieron al rededor de una rama de hisopo, y se la aplicaron á la boca. Gustó no mas Jesus el vinagre, y dijo: *Todo está cumplido.* En seguida para que comprendiésemos cuanto le costaba nuestra salvacion, y á qué precio nos rescataba, esclamó: *Eli, Eli, lamma sabactani*, cuyas palabras hebreas ó si se quiere siriacas significan: ¡Dios mio, Dios mio! ¿por qué me habeis desamparado? (*Matth.* 27.) No era esta queja un efecto de desconfianza, ni de sentimiento, ni de disgusto, era únicamente un testimonio amoroso de dolor; como si hubiese dicho: ¡Dios mio! vos quereis que yo padezca hasta el último suspiro todo el rigor de vuestro enojo contra los pecadores, con cuya iniquidad he querido cargarme para satisfacer plenamente á vuestra justicia; y quereis que os ofrezca esta satisfaccion dolorosa sin la mitigacion mas pequeña; cúmplase, pues, vuestra voluntad.

Algunos de los soldados que no entendian el hebreo, creyeron que llamaba á Elías, y dijeron: «Esperemos un poco á ver si viene Elías á librarle.» Entonces Jesus dijo con una voz clara y distinta: *Todo está cumplido* (*Joan.* 19); esto es, por fin quedan ya ejecutados todos los decretos del cielo; la justicia divina

está plenamente satisfecha; los oráculos de los profetas se han verificado; todo lo que la Escritura ha anunciado de mí está cumplido; la obra de la redencion del mundo está hecha; todas las deudas de los hombres para con Dios quedan pagadas, y no les resta mas que el querer aprovecharse del tesoro infinito de mis padecimientos, de mi mérito, de mi muerte. En fin, bajando Jesucristo la cabeza, esclamó: *Padre mio, en tus manos pongo mi alma;* todo lo cual demostraba bien que él era el que disponia de su vida, segun lo que habia dicho en otra parte: «En mí consiste el dar mi vida, y en mí tambien consiste el volverla á tomar.» Diciendo, pues, aquellas palabras, entregó su espíritu.

Inmediatamente, además del eclipse total y milagroso del sol; digo milagroso, porque el eclipse del sol no puede naturalmente suceder sino cuando la luna se halla directamente entre el sol y la tierra, lo cual no puede verificarse sino en la luna nueva, en vez de que en el plenilunio, que es cuando precisamente acaeció en la muerte del Salvador, este planeta estaba enteramente opuesto al sol, del cual se hallaba lo mas alejado que podia ser. Inmediatamente, pues, que el Salvador entregó su espíritu, además de este eclipse milagroso del sol, que duraba hacia ya tres horas, esto es, desde las doce en que Jesucristo fué clavado en la cruz, sucedió uno de los mas terribles terremotos que jamás se han esperimentado en el mundo, abriéronse las rocas y el velo del templo se rasgó en dos partes de arriba abajo.

Habia dos grandes velos en el templo, uno delante del santuario, y el otro mas adelante en la entrada del Santo de los santos, en donde solo una vez al año era permitido entrar al sumo sacerdote. Este último fué el que se desgarró milagrosamente en la muerte del Salvador, el cual, como dice S. Pablo, nos ha abierto la entrada del Santo de los santos, esto es, del cielo. (*Hebr.* 10.) Este rompimiento del velo en la muerte de Jesucristo, indica que por esta muerte está abierto el cielo á todos los hombres; que ya no hay mas velo; esto es, que todas las figuras de la antigua ley han pasado, y no hay ya sino la verdad al descubierto. Daba tambien á conocer este rompimiento, que la antigua alianza con el pueblo judío estaba rota; que no habia ya santuario en el templo; que Dios no reconocia ya el pueblo judío por su único pueblo; que ya no habia acepcion de personas para Dios, y que en adelante, todos los pueblos judíos y gentiles, escitas, griegos y romanos podian entrar en el santuario; porque habiendo muerto Jesucristo por todos los hombres, todos habian venido á ser pueblo de Dios.

Todo este estruendo de prodigios en la tierra y en el cielo, todos estos signos de los gemidos de toda la naturaleza asombrada y sensible, por decirlo así, á la muerte del Salvador, no dejó de hacer impresion en los ánimos. El centurion que mandaba los soldados, y todos los que estaban presentes, habiendo visto estos prodigios, esclamaron: *Verdaderamente este hombre era Hijo de Dios.* (*Luc.* 23.) Todos los que habian presenciado este espectáculo, y que consideraban lo que acababa de suceder, se volvian llenos de terror y de confusion en un profundo silencio, hiriéndose el pecho, y temiendo mucho que la muerte de este hombre justo no atrajese muy pronto las últimas desgracias sobre toda la nacion. Algunas mujeres devotas, entre otras María Magdalena, María, madre de Santiago el Menor, y Salomé, mujer del Zebedeo, resolvieron quedarse en un sitio retirado en el lugar del suplicio, esperando que desenclavasen el cuerpo del Salvador, para ver el paraje en donde le sepultaban, á fin de volver á rendirle los últimos honores de la sepultura.

§. LXI.

Sepultura de Jesucristo.

Como era la víspera del sábado, y los cuerpos no debian quedar en la cruz el dia de la fiesta, pidieron los judíos á Pilato que hiciese romper las piernas á los crucificados para acelerar su muerte, lo cual se ejecutó en los dos ladrones á quienes hallaron todavía vivos. Mas viendo los soldados que Jesus estaba muerto, uno de ellos, llamado Longinos, se contentó con abrirle el costado con una lanzada, é inmediatamente salió de él sangre y agua. «El que lo ha visto, añade S. Juan, ha dado testimonio de ello, y su testimonio es verdadero, y él sabe que dice la verdad, á fin de que vosotros tambien lo creais.» S. Juan insiste particularmente sobre esta circunstancia, para manifestar que Jesucristo tenia un cuerpo verdadero, y que habia muerto verdaderamente, así como que el efecto principal de su muerte era el lavarnos de nuestros pecados, y borrar sus manchas. Vése tambien en esto cumplida la Escritura que dice: *No le rompereis hueso alguno.* Estas palabras se habian dicho del cordero pascual, que era la figura del Salvador inmolado por los hombres, y contenian al mismo tiempo una profecía de lo que debia suceder á Jesucristo.

Mientras que esto pasaba en el Calvario, José de Arimathea, que era un senador muy rico y distinguido entre los judíos, discípulo secreto de Jesucristo, y que no habia tenido parte en la

maquinacion de los judíos contra el Salvador del mundo, fué á suplicar á Pilato que le permitiese dar sepultura á Jesus. Habiéndoselo concedido Pilato, José y Nicodemus, otro discípulo secreto del Salvador, desenclavaron el cuerpo adorable, y habiéndole embalsamado, sin temer la indignacion de los jefes de la sinagoga, que consternados por todo lo que habia acontecido en esta muerte, de la cual comenzaba ya el pueblo á hablar demasiado, no se atrevieron á oponerse á ello; envolviéronle en una sábana limpia, y le colocaron en un sepulcro que José habia hecho abrir para sí, poco tiempo hacia, en una roca que habia en un huerto de que era dueño, y que no estaba léjos del Calvario; y habiendo cerrado el sepulcro con una piedra de gran peso, cortada á propósito para tapar la abertura, se retiraron. Las mujeres devotas, y sobre todo Magdalena, habiendo observado el lugar en donde habian puesto el sagrado cuerpo, se volvieron á Jerusalen con el designio de venir á su vez a embalsamarle luego que hubiese pasado la solemnidad del sábado.

Sin embargo, Dios que queria que la resurreccion del Salvador fuese incontestable, dispuso que los sacerdotes y hasta los magistrados, los mas interesados en impedir su creencia, tomasen todas las medidas y precauciones imaginables para que no pudiera decirse que el cuerpo de Jesucristo habia sido robado furtivamente. Fueron, pues, en aquel mismo dia á ver á Pilato, y le dijeron: que se acordaban que Jesus, á quien ellos llamaban seductor, habia dicho que resucitaria al tercero dia. «Te suplicamos, le dijeron, que hagas guardar el sepulcro, no sea que sus discípulos vengan á robarle, y digan al pueblo que ha resucitado, y sea entonces este último error peor que el primero.» Respondióles Pilato: «Vosotros teneis soldados; id, y guardadlo vosotros mismos.» Otra circunstancia que Dios habia tambien dispuesto para que no se pudiese decir que los soldados romanos habian sido corrompidos. Sellóse, en fin, el sepulcro, con el gran sello del magistrado, y se puso allí un cuerpo de guardia, compuesto de soldados judíos comprometidos por deber, por honor, y por amor de su nacion, á impedir todo artificio y toda sorpresa. Queriendo Dios dar á la resurreccion de su Hijo todas las pruebas y todos los grados de certidumbre posible, se sirve de aquellos mismos que mas temian que Jesucristo resucitase, y que se creyese que habia resucitado; se sirvió, digo, de ellos, para hacer la resurreccion manifiesta, evidente é incontestable.

§. LXII.

La resurreccion gloriosa de Jesucristo.

Por mas que fuesen vivos los deseos que animaban á las santas mujeres de ir á ofrecer á Jesucristo sus últimos obsequios, permanecieron sin embargo en reposo todo el sábado, que era dia de fiesta; mas apenas el sol se puso, esto es, á las seis de la tarde en que se concluia la fiesta, María Magdalena y sus compañeras fueron á comprar aromas para embalsamar el divino cuerpo. La santa impaciencia que tenian de satisfacer su devocion hizo que partiesen de su casa al amanecer del dia siguiente, que nosotros llamamos *Domingo*, esto es, dia del Señor, á causa de su resurreccion. Cuando iban hácia el sepulcro se decian una á otra: «¿Quién nos quitará la piedra que cierra la entrada del sepulcro? porque es tan pesada, que les costó mucho trabajo á algunos hombres el colocarla cuando fué menester cerrar el sepulcro.» Pero á quien ama verdaderamente á Dios nada le parece imposible. No obstante, empero, toda su diligencia, no llegaron sin embargo al sepulcro hasta despues de salido el sol. Ya el Salvador habia salido del sepulcro vivo, glorioso y triunfante, y ya habia aparecido á su Madre como se dirá mas adelante y mas á la larga en la vida de la santísima Vírgen.

Créese que fué precisamente al salir el sol cuando el divino Sol de justicia salió de las tinieblas de la muerte, habiendo resucitado él mismo por su propia virtud al tercero dia, como lo habia predicho tantas veces durante su vida. Fué, pues, al tercero dia, que por esto llamamos nosotros dia del Señor, cuando el alma bienaventurada de Jesucristo, que habia bajado á los lugares subterráneos, como habla S. Pablo, y que nosotros llamamos Limbos, para sacar de ellos las almas de los santos, que esperaban su venida, vino á reunirse á su cuerpo; y habiéndole comunicado todas las cualidades de los cuerpos resucitados y gloriosos, este divino cuerpo, del cual la naturaleza divina no pudo separarse jamás, pasó á través de la piedra del sepulcro sin removerla, ni hacer abertura alguna. En aquel mismo instante sucedió un temblor de tierra en las inmediaciones del sepulcro; un ángel bajó del cielo, echó á rodar la piedra que cerraba el sepulcro, y se sentó sobre ella. Su rostro estaba mas brillante que un relámpago, y sus vestidos mas blancos que la nieve. Pasmáronse de tal modo los soldados que guardaban el sepulcro al ruido de todas estas maravillas, que quedaron como

muertos; vueltos algun tanto en sí, aunque todavía muy aturdidos, huyeron, y medio muertos fueron á contar ingenuamente al sumo sacerdote y á los magistrados todo lo que habia sucedido y todo lo que habian visto, hasta las menores circunstancias. Añade el Evangelista, que en el momento de la resurreccion del Salvador muchos sepulcros se abrieron, y resucitaron un gran número de cuerpos de santos, como para servir al triunfo de Jesucristo, que salia victorioso de aquellos lugares subterráneos, despues de haber dado la libertad á tantos ilustres esclavos.

Entre tanto llegaron las santas mujeres, las cuales quedaron muy sorprendidas de no encontrar allí los guardas, y ver quitada la piedra y el sepulcro abierto, sin encontrar despues de haber entrado en él el cuerpo adorable de Jesus. María Magdalena, afligida hasta el último grado, volvió inmediatamente con gran prisa á Jerusalen, y llena de desconsuelo dijo á los apóstoles, que el sepulcro estaba abierto, y que ella no habia encontrado allí el cuerpo de su buen Maestro. Las otras mujeres, habiendo permanecido cerca del sepulcro, no sabian qué partido tomar. Cuando en esta perplejidad razonaban ellas entre sí, descubrieron dos ángeles en forma humana, rodeados de una claridad celestial; uno de los cuales las dijo: «Mujeres, no temais; yo sé que buscais á Jesus Nazareno, que fué crucificado; resucitó ya, no está aquí: venid á ver el lugar en donde le habian puesto; pero id inmediatamente á decir á sus discípulos, y á Pedro principalmente, y á los demás, que irá delante de ellos á Galilea, y que allí le verán despacio, como se lo habia prometido.» Poseidas las santas mujeres de un dulce asombro, mezclado de gozo y de admiracion, se volvieron á la ciudad sin pensar mas que en lo que habian visto.

§. LXIII.

Aparicion de Jesucristo a Magdalena y á las otras santas mujeres.

Mientras que pasaba todo esto en el sepulcro, habiendo Magdalena encontrado á S. Pedro y á S. Juan, les dijo que habian robado el cuerpo de su buen Maestro del sepulcro; y no sé, añadió llorando, qué se ha hecho de él; y apenas dijo esto volvió al lugar de la sepultura. Pedro y Juan fueron tambien allá á toda prisa; habiendo llegado Juan el primero, y habiéndose bajado para registrar en lo interior, vió los lienzos en que habia sido envuelto el cuerpo, que estaban en tierra. Habiendo entonces